

El imperio del género. La ambigua historia política de una herramienta conceptual

Éric Fassin*

RESUMEN

El género fue creado en los años cincuenta y sesenta por psicólogos estadounidenses para medicalizar la intersexualidad y la transexualidad. En los años setenta, las feministas se apropiaron el término para desnaturalizar la feminidad, transformando esta categoría normativa en herramienta crítica. En los años ochenta, mientras los estudios feministas gozan en Estados Unidos de un reconocimiento institucional, en Francia no son aceptados por las académicas feministas en el campo universitario. Cuando estas cuestiones vuelven a debatirse a partir de 1989, esta politización se ve rechazada en nombre de la República: el concepto de *género* se convierte en un reto nacional. A finales de los años noventa los debates públicos se reactivan alrededor de las cuestiones sexuales, y después del 11 de septiembre la nueva legitimidad del género es tomada como un imperialismo nuevo de la democracia sexual. La naturaleza ambigua del género, a la vez normativo y crítico, es hoy en día una tensión que define los estudios feministas.

Palabras clave: *género, transexualidad, feminismo, cultura nacional, imperialismo.*

ABSTRACT

“Gender” was created in the 1950s and 60s by American psychologists in order to medicalize intersexuality and transsexuality. In the 1970s, feminists in the U.S. appropriated the term to denaturalize femininity, while transforming this normative category into a critical tool. In the 1980s, while in the U.S. women’s studies benefited from an institutional recognition, feminists were not welcomed in French academia. When feminist issues got a new start after 1989, this politicization was rejected in the name of the Republic: the concept of *gender* became a matter of national culture. In the late 1990s, public debates about sexual issues were rekindled, and since

* École Normale Supérieure (París), Institut de Recherche Interdisciplinaire sur les Enjeux Sociaux (Iris, Centre National de la Recherche Scientifique/L'École des Hautes Études en Sciences Sociales). La traducción de este texto es de Karine Tinat.

9/11, the newfound legitimacy of gender has become entangled in the new imperialism of sexual democracy. Gender's ambiguous nature, both normative and critical, is today a defining tension in feminist studies.

Key words: *gender, transsexuality, feminism, national culture, imperialism.*

UN ARMA DE DOBLE FILO

No es al feminismo al que debemos la invención del concepto *género*. A partir de 1955, al comenzar varios decenios de trabajo en la Universidad Johns Hopkins, John Money reformula los acercamientos heredados de la antropóloga Margaret Mead sobre la socialización de los niños y las niñas; por su parte, en vez de hablar de *sex roles*, el psicólogo médico opta por el término *gender roles*. Él se interesa, en efecto, por lo que solemos llamar “hermafroditismo”, y que hoy en día calificamos de “intersexualidad” (Money y Ehrhardt, 1972). Cuando la anatomía es ambigua al momento del nacimiento, la noción de género no tiene otro objetivo que desarticular la evidencia natural del sexo: más allá de que, en este caso, los roles vienen a confirmar las asignaciones biológicas, el género permite nombrar el sesgo entre los dos. Sin duda, la cirugía más precoz parece necesaria para resolver toda incertidumbre, pero es solamente en una lógica behaviorista, para facilitar el aprendizaje del rol sexual. Para John Money —quien participa de una visión progresista de la ciencia constituida después de la segunda guerra mundial en reacción contra las desviaciones del biologismo—, la educación es la que hace al hombre, o a la mujer (Fausto-Sterling, 2000; Redick, 2004).

El psiquiatra y psicoanalista Robert Stoller sigue esta misma lógica en la Universidad de California, en Los Ángeles, y se interesa más específicamente por la transexualidad —condición, en el léxico patologizante del “transexualismo”, de las personas que no se identifican con su sexo de nacimiento—. Conocemos bien la expresión de Karl Heinrich Ulrichs, pionero del movimiento homosexual en 1860: *anima muliebris virile corpore inclusa*. Esta “alma de mujer en un cuerpo de hombre” remite al conjunto de lo que se llamaba “psicopatologías sexuales”, que alteran a la vez el orden de los sexos y las sexualidades. En aquella época la cuestión del género se asimila con la de la sexualidad:

de la misma manera, se confunde la homosexualidad masculina con el afeminamiento. En cambio, un siglo más tarde, cuando Robert Stoller usa la expresión *gender identity*, en 1964, lo hace con la intención de separar a los transexuales de los homosexuales, en términos de identidad de género o de orientación sexual, dependiendo de si su deseo es ser o tener un hombre, o una mujer (Stoller, 1968). Si John Money había hecho anteriormente la distinción entre sexo y género, Robert Stoller opone, por su parte, el género a la sexualidad. El contexto no es menos político: aunque la homofobia de Estado causa estragos bajo el macarthismo, la transexualidad, al autonomizarse, escapa del estigma homosexual (Meyerowitz, 2002; Califia, 2003).

La invención *psí* del género —es decir, desde la psicología— va a encontrarse con la tarea feminista de desnaturalización del sexo, que resume la famosa frase de Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*, publicado en 1949: “no se nace mujer, se hace”. Es, de hecho, a Robert Stoller a quien la socióloga británica Ann Oakley pide prestada la distinción (1972) al plantear que “el género no tiene origen biológico, que las conexiones entre sexo y género no tienen realmente nada ‘natural’”; así, ella introduce el término en un campo de estudios feministas que va a constituirse a partir de los años setenta (Jami, 2003; Bassin, 2004). No es casual que sea en la antropología donde va a encontrar primero su campo de aplicación en Estados Unidos: al igual que Simone de Beauvoir, con quien se identifican justamente, jóvenes antropólogas van a apoyarse en la distinción entre naturaleza y cultura que hace Claude Lévi-Strauss a partir del primer capítulo de *Las estructuras elementales del parentesco*, aunque este último, como era de esperarse, no se encuentra con De Beauvoir en el Panteón feminista.

Esta herencia reivindicada se manifiesta en las dos obras fundadoras de la antropología feminista en Estados Unidos, publicadas ambas en 1975. Así, en la primera, Sherry Ortner se pregunta: “¿Será la mujer al hombre lo que la naturaleza es a la cultura?” Para entender la universalidad de la dominación masculina, fundada en la división sexual de los roles sociales, ella pone la mirada en la constante relegación de las mujeres al polo, supuestamente natural, de la reproducción —haciendo eco de los análisis de Michelle Rosaldo y de la psicoanalista Nancy Chodorow en la misma obra, pero también en consonancia con los

trabajos que desarrolla Nicole-Claude Mathieu en Francia en la misma época (1991)—. La antropología cultural de los roles sexuales encuentra así su prolongación en una antropología feminista de la asignación de las mujeres a roles “naturales”.

En la segunda obra, publicada simultáneamente, Gayle Rubin propone una relectura feminista de los análisis del parentesco, conjugando a Lévi-Strauss y Lacan, a Engels y Freud. La misma Nicole-Claude Mathieu traducirá ese texto fundador sobre “la ‘economía política’ del sexo”, que lejos de hacer del género el reflejo del sexo biológico recuerda que con el matrimonio los sistemas de parentesco “convierten a los machos y a las hembras en ‘hombres’ y en ‘mujeres’, siendo cada categoría una mitad incompleta que sólo puede encontrar la plenitud en la unión con el otro”. Hoy en día vemos mejor cómo la “valencia diferencial de los sexos”, tan estimada por Françoise Héritier, se alejará de las vías del género relejendo a Gayle Rubin: “Hombres y mujeres son, por supuesto, diferentes. Pero no son tan diferentes como el día y la noche”. La perspectiva naturalista, entonces, se invierte: “lejos de ser la expresión de diferencias naturales, la identidad de género es la supresión de similitudes naturales” (1975: 159, 179-180).

Sin embargo, al apropiarse del género para desnaturalizar el sexo, los estudios feministas van a oponerse a los trabajos de John Money y Robert Stoller en un punto decisivo: el imperio médico sobre el género no es solamente un saber; es también, inseparablemente, un poder. Dos historias emblemáticas lo muestran simétricamente. Primero, el caso (tristemente) célebre de “John/Joan” proporciona una ilustración espectacular: a este niño le fue amputado el pene después de un accidente ocurrido durante una cirugía en su primer año de vida; luego, por consejo de John Money, le hicieron la ablación de los testículos y lo educaron como niña —el triunfo aparente de esta teoría behaviorista tuvo que ser desmentido en los años ochenta por la persistencia de su identidad masculina en la adolescencia—. Fue solamente a través del suicidio, en 2004, que el hombre casado, que reivindicaba llamarse David Reimer, pudo definitivamente escaparse del dominio médico sobre su identidad de género (Butler, 2006a).

Un segundo caso, no menos emblemático, puede ser leído en relación con este primero. El sociólogo Harold Garfinkel, gran figura de

la etnometodología, relató la siguiente historia en un texto escrito en colaboración con Robert Stoller (Garfinkel y Stoller, 1967). En 1958, Agnès acudió a una consulta: la joven mujer había nacido con sexo masculino, pero declaraba haber visto su cuerpo feminizarse espontáneamente en la pubertad, con excepción de los órganos genitales. En otras palabras, se habría tratado, fenómeno raro, de una intersexualidad tardíamente revelada. Psicólogos, psiquiatras y médicos se pusieron de acuerdo para armonizar, por cirugía, su anatomía con su nueva condición —tanto más porque como mujer era perfectamente “convinciente”—. Este artículo sobre el *passing*, es decir, sobre la capacidad de (hacerse) *pasar por*, sin ser descubierto, demuestra que el género es una construcción social que se elabora en una serie de interacciones. Ser una mujer (o un hombre) requiere de todo un trabajo que implica, en este caso, a médicos y pacientes: se trata, pues, de una “ejecución”. Así, la lectura sociológica se reencuentra con el acercamiento psiquiátrico. Pero el apéndice, publicado al final del volumen, reserva una sorpresa: ocho años más tarde, después de la operación, y una vez tranquilizada por un especialista sobre la normalidad de su nueva vagina, Agnès reveló que, a escondidas de todos, había estado tomando estrógenos desde los doce años.

Agnès es la imagen en espejo de John/Joan. Su caso, finalmente, no se trataba de intersexualidad padecida al momento del nacimiento, sino de transexualidad elegida en la pubertad. En cuanto a David Reimer, aunque su caso sirvió efectivamente para justificar los protocolos aplicados a la intersexualidad, atañe en realidad a una transexualidad accidental. Pero la simetría viene aún más del hecho de que, en su relación con la medicina, Agnès invierte la relación de poder que el segundo padece: lejos de ver que se le asigna una identidad como John/Joan, es Agnès quien consigue imponerla como algo evidente. Sin embargo, lo que las dos historias demuestran también es que los sujetos no tienen el poder de cambiar las reglas del juego. A lo mucho pueden desempeñar su papel, bien o mal, e incluso burlar el control médico a fuerza de saber-hacer, pero sin redefinir los términos. Nunca es replanteada la norma de género. De hecho, tanto John Money, en la universidad Johns Hopkins, como Robert Stoller, en la Universidad de California, en Los Ángeles, están al principio en “clínicas de identidad de género”:

el trabajo médico no consiste en absoluto en cuestionar la norma sexual, sino en ayudar a los individuos rechazados por su anomalía a que accedan a la normalidad ajustándose a las expectativas sociales, incluidas las más estereotipadas.

Sin duda el género permitió desnaturalizar el sexo, pero el discurso *psi*, heredado de los años cincuenta y sesenta, lejos de denunciar las convenciones, participa en un trabajo médico de normalización. El objetivo es el *passing*, conformidad que refuerza la evidencia de la femineidad (como, por supuesto, la de la masculinidad). Así se explica, en respuesta, la virulencia del panfleto que publica en 1979 la feminista Janice Raymond contra “el imperio transexual” —a riesgo de confundir en su crítica el poder médico y la demanda de los pacientes, la categoría *psi* y los sujetos a los que se impone (1981)—: esta polémica alimentará de manera duradera las tensiones políticas con un movimiento “trans”, definido de la misma manera por la cuestión del género. Más allá, sin embargo, el feminismo va a intentar no sólo perseguir la lógica de desnaturalización establecida desde John Money y Robert Stoller alrededor de la categoría del género, sino invertir su perspectiva, para sustituir la tarea de normalización por una operación crítica. Para el feminismo, a diferencia de lo que sucede en el discurso psico-médico, el género no es tanto lo que se debe *hacer*, como lo sugiere la lectura de Harold Garfinkel, sino sobre todo lo que conviene *deshacer*, para retomar un título de la filósofa Judith Butler. Dicho de otro modo, importa menos jugar el juego que desbaratarlo.

No obstante, esta inversión no implica forzosamente hoy en día, como al final de los años setenta, una oposición a la transexualidad. Al contrario, lejos de sostener los clichés de género, los transgéneros manifestarían, por excelencia, un “trastorno en el género”: es que ellos o ellas —y tal vez la partición de género pierde entonces, al mismo tiempo que su pertinencia, su evidencia— pueden hacer visible la norma, regularmente invisible a fuerza de jugarla, incluso de burlarla para apropiársela (Butler, 2006b). Sin embargo, la noción de género no escapará nunca de manera definitiva de esta ambigüedad fundadora: todavía hoy en día sigue presa en una doble lógica, potencialmente contradictoria, entre categoría normativa y herramienta crítica. Dicho de otro modo, el género es, si no por naturaleza por lo menos de origen,

un arma de doble filo. Es lo que nunca hay que perder de vista para entender la historia de su circulación, como lo vemos cuando pasamos de la transferencia disciplinaria entre discurso médico y feminista a la transferencia nacional, de una orilla a otra del Atlántico.

LA NACIONALIZACIÓN DEL GÉNERO

A lo largo de los años setenta la apropiación feminista del género se desarrolla sobre un fondo de convergencias transatlánticas. En Estados Unidos la gente se basaba en autores franceses, mientras que en Francia la gente no dudaba en inspirarse en lecturas estadounidenses. Claude Lévi-Strauss encarna bien este doble movimiento: es a partir de la antropología cultural estadounidense que define primero su manera de proceder, y a cambio su obra proporciona un punto de partida a numerosos trabajos en lengua inglesa. Sin embargo, no se trataba sólo de antropología, como ya vimos, sino también de historia y de “nueva historia” —de hecho, más allá del feminismo, las dos disciplinas se cruzaban entonces fácilmente en un intercambio transatlántico entre la historia cultural y la antropología histórica, entre Princeton y la nueva École des Hautes Études en Sciences Sociales—. En cuanto a las pioneras americanas de la historia feminista, ¿no eran frecuentemente especialistas de Francia, donde gozaban de un pleno reconocimiento, como Natalie Zemon Davis? El espacio de los estudios feministas está construido de inicio, por lo tanto, sobre el modelo de las investigaciones interdisciplinarias en ciencias humanas; no en la oposición entre modelos nacionales sino en una circulación internacional. Así es como la revista *Le Débat* invita, en 1981, poco después de su lanzamiento, a la historiadora Joan W. Scott a realizar el balance de “diez años de historia de las mujeres en Estados Unidos”, antes de abrir sus columnas a Arlette Farge, en 1983, para llevar a cabo “Diez años de historia de las mujeres en Francia”.

Esta comunidad intelectual transatlántica nacida en los años setenta va a deshacerse primero de manera casi invisible a lo largo de los años ochenta, y luego a partir del bicentenario de la Revolución francesa, y en particular alrededor de la disciplina histórica de manera visible —in-

cluso espectacular— a mediados de los años noventa. Por lo tanto, lo que ahora importa explicar, después de la convergencia, es la divergencia franco-estadounidense.

En Estados Unidos los estudios de género se constituyeron como un verdadero campo durante los años ochenta. De hecho, se institucionalizaron en los *campi* no solamente a través de artículos y libros, coloquios y números especiales, sino también de revistas y congresos, carreras y programas universitarios. Si podemos hablar de campo es porque durante aquel periodo no solamente se desarrollaron referencias comunes, es decir, una cultura científica que se compartía, sino también controversias que lo dividen. Es así como el entusiasmo militante por el descubrimiento de una historia de mujeres se encuentra rápidamente interrogado: en 1983, Joan W. Scott reivindica que “la historia feminista se convierte no en el relato de la gesta de las mujeres, sino en la actualización de las operaciones del género, a menudo silenciosas y escondidas, que no por eso dejan de ser fuerzas bien presentes que definen la organización de la mayoría de las sociedades” (1988a: 27).

En cambio, en Francia, durante el mismo periodo, los estudios feministas no encontraron realmente un derecho de ciudadanía en el mundo universitario, a pesar del ATP “Investigaciones sobre las mujeres e investigaciones feministas” lanzado por el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) después del coloquio de 1982 en Toulouse sobre Mujeres, Feminismo e Investigación. En el ámbito de la edición, la excepción monumental que constituye la *Historia de las mujeres en Occidente* —publicada a principios de los años noventa con la dirección de Michelle Perrot y Georges Duby, y aclamada en un coloquio que publica los *Annales*— no debe disfrazar la ausencia de reconocimiento institucional a los estudios feministas en su conjunto. Para progresar en la carrera universitaria más vale renunciar a este ámbito de investigaciones; en todo caso, es mejor comprometerse en este campo cuando ya se tiene un puesto: a diferencia de lo que constatamos en la misma época al otro lado del Atlántico, no se construye de manera ordinaria un itinerario profesional en los estudios feministas. Un informe del CNRS expone esta preocupación en 1992: “Uno de los talones de Aquiles más visibles de la investigación francesa sigue

siendo el estudio de las mujeres, y más generalmente el de las relaciones sociales de sexo” (Hurtig, Kail y Rouch, 1991: 6).

El desfase entre la institucionalización en Estados Unidos y la falta de reconocimiento en Francia no implica, sin embargo, un divorcio entre los dos lados del Atlántico. Sin duda la mayoría de las investigadoras francesas ven el término *gender* con prudencia, incluso con desconfianza, prefiriendo justamente el de “relaciones sociales de sexo”. Temen, de hecho, que el género oculte a las mujeres, o, más precisamente, las relaciones de dominación que constituyen la diferencia de los sexos. La reticencia es, entonces, ante todo, de orden político. Se encuentran más cercanas de sus orígenes militantes que sus colegas estadounidenses porque están más alejadas de la constitución de un campo autónomo que está redefiniendo los términos del otro lado del Atlántico. El género, sin embargo, no está ausente de la discusión francesa —como lo prueban el coloquio Sexo y Género, organizado con el auspicio del CNRS en 1989 (Hurtig, Kail y Rouch, 1991), el número de *Cahiers du Grif* sobre “el género de la historia” (1988) y un expediente de la revista *Genèses* sobre “Mujeres, género, historia” (1991)—, el diálogo no está roto.

Esto se debe a que la cuestión del género no se ha nacionalizado (todavía): aunque el artículo fundador de Joan W. Scott sobre “el género: una categoría útil para el análisis histórico”, publicado por primera vez en 1986, se tradujo muy pronto al francés (1988b), la crítica que se puede leer en esta lengua contra esta nueva aproximación, que se aleja de la historia social clásica, no proviene en un primer momento de los lectores y lectoras francesas, sino de Louise Tilly, quien traduce la revista *Genèses* (1990). Es en la víspera del bicentenario de la Revolución francesa que el sesgo va a empezar a aparecer a la vista de todos —y de manera aún más significativa porque se trataba de un campo historiográfico donde, hasta entonces, coincidían los investigadores de los dos países en una complicidad intelectual sin problemas—. En Francia la crítica feminista a la “democracia exclusiva”, según la expresión de Geneviève Fraisse, se encuentra relegada a los márgenes de la conmemoración, pero también de la institución. Más allá del Atlántico, en cambio, los estudios feministas van a aprovechar el lugar que han conquistado para cuestionar la consagración de una visión liberal de la Revolución francesa, recordando, como lo hizo Joan W. Scott, que su

universalismo reivindicado instituyó, al mismo tiempo que la partición entre lo público y lo privado, la segregación entre los sexos, la relegación de las mujeres.

No es sino hasta 1995 que un “ensayo sobre la singularidad francesa” publicado por Mona Ozouf, que bosqueja un cuadro del feminismo en blanco y negro y opone rasgo por rasgo a las dos orillas del Atlántico, expone abiertamente una verdadera nacionalización de la cuestión de las relaciones entre los sexos —al mismo tiempo que contribuye a cristalizarlas, bajo el efecto de la controversia (Ezekiel, 1995; Bassin, 1999)—. Para aprehender la genialidad francesa de la feminidad, la historiadora de la Revolución francesa propone, en efecto, una serie de retratos de grandes figuras femeninas —de Madame du Deffand a Simone de Beauvoir— que vinculan una misma interrogación: “¿Por qué el feminismo, cuando lo comparamos con las formas que toma bajo otros cielos, tiene en Francia un aire de tranquilidad, de mesura o de timidez según lo que tenemos?” Los otros cielos son, por supuesto, “anglosajones”: por ejemplo, de la violación atribuiríamos “a los Estados Unidos una definición bastante elástica, para ya no estar compuesta sólo por el uso de la fuerza o la amenaza, y para englobar toda tentativa de seducción, aunque esté reducida a la insistencia verbal”. Estaríamos, entonces, en las antípodas del “comercio feliz entre los sexos” —heredado en Francia de los salones aristocráticos— para moderar una “democracia extrema” que del otro lado del Atlántico “no pone ningún límite a la idea igualitaria” (Ozouf, 1995: 11, 389, 395).

No obstante, este ensayo que tuvo tanta influencia en el espacio público estuvo lejos de generar unanimidad entre los especialistas —aunque muchos admiren su calidad literaria, otros (a veces los mismos) lo acusan de ignorar la historia de Estados Unidos, y, del lado francés, de mantener la ilusión de una “historia sin enfrentamientos”, según Michelle Perrot (*Le Débat*: 130), mientras favorece “la ocultación de la cuestión de la igualdad” para Geneviève Fraisse (1995: 340)—. Esto, sin embargo, merece ser analizado. Las reacciones no se reparten de ninguna manera según divisiones nacionales: la estadounidense Lynn Hunt y la francesa Elisabeth Badinter aplauden el ensayo, mientras que la francesa Michelle Perrot y la estadounidense Joan W. Scott coinciden en la crítica política. Podemos, entonces, preguntarnos: ¿Por

qué el género se ha convertido hoy en día en un asunto de interés nacional? Es justamente lo que confirma la respuesta de Mona Ozouf a sus críticas: lo que se le reprocharía es que “no usa esta noción de ‘género’ convertida en el concepto multiusos de la historia de las mujeres”; ahora bien, el *gender* sería “una palabra casi intraducible en francés” (*Le Débat*, 1995: 139, 143).

No obstante, ni siquiera es necesario importarla: desde la escuela primaria todos los niños de Francia escuchan hablar de género, al mismo tiempo que de número. Y este uso gramatical no está tan alejado del concepto feminista: después de todo, para no tomar más que un ejemplo, si la luna y el sol cambian de género al pasar del francés al alemán se debe a que lo arbitrario del signo no remite a la naturaleza de las cosas, sino a una convención social. Si para Mona Ozouf la palabra es “intraducible” es porque así *la hizo*, no en función de alguna propiedad lingüística esencial del francés o del inglés, ni de algún rasgo inmemorial de la cultura nacional de un país u otro, sino en razón de una nacionalización de los retos científicos y políticos del género; en resumen, debido a una historia. ¿Cómo comprender lo que se impuso en el transcurso de los años noventa como una evidencia compartida tanto en el mundo universitario como en el debate público: a saber, que el *gender* se reduciría a su origen para no tener sentido más que en el contexto de la cultura política estadounidense, donde fue formulado por primera vez?

La génesis de este lugar común debe menos a las controversias en el mundo universitario —es importante anotarlo— que a los debates en el espacio público. De hecho, más allá de las conmemoraciones históricas, el año del bicentenario de la Revolución francesa fue también el de la caída del muro de Berlín y el de la primera disputa sobre el velo islámico en Francia. Dicho de otra manera, el del final del marxismo como “horizonte insuperable”, según la famosa expresión de Sartre, y el del principio de las polémicas que oponen la Francia republicana al multiculturalismo considerado “estadounidense”. De hecho, es precisamente en 1989 cuando se invierte el sentido de la “retórica de América” (Mathy, 1993), particularmente en el discurso liberal que dominaba el paisaje intelectual francés desde los años ochenta. Durante este decenio “América” había proporcionado el modelo de una Revolución liberal, en

contraste con el Terror francés y sus prolongaciones marxistas; a partir de 1989 iba a encarnar, en materia de política minoritaria, los excesos de las “pasiones democráticas”; en otras palabras, los de una igualdad sin freno. Resumiendo, “en las polémicas, el ‘PC’ de lo ‘políticamente correcto’ reemplazó al PC del partido comunista: a partir de entonces ‘América’ encarnaba el antiliberalismo” (Bassin, 1993a; 1994; 2001: 82).

En efecto, la disputa de lo “políticamente correcto” es importada a Francia por intelectuales liberales neotocquevilianos, antes fervientes admiradores de América, quienes de repente se convirtieron al antiamericanismo —como François Furet y Philippe Raynaud, especialistas en historia política— en *Le Débat* y en las *Notas* de la fundación Saint-Simon, pero también en *Le Nouvel Observateur* y *Libération*. Así fue como la ofensiva lanzada en 1990 en Estados Unidos por intelectuales neoconservadores contra la izquierda radical de los *campi* encontró un relevo en Francia a partir de 1991, no solamente a la derecha sino también a la izquierda. En otras palabras, la batalla política entablada en la vida intelectual al otro lado del Atlántico se transforma, en su versión francesa, en un contraste nacional entre dos culturas políticas.

Esta nacionalización culturalista de las divisiones políticas fija la mirada sobre el conjunto de las políticas minoritarias, prohibiendo en particular a los descendientes de inmigrantes existir como sujetos políticos, so pena de contravenir el universalismo que supuestamente define la República: hacía falta prevenir a la nación francesa contra todo comunitarismo “a la gringa”. La polémica contra lo “políticamente correcto” encontrará, sin embargo, una prolongación específica en los ataques contra lo “sexualmente correcto” (Fassin, 1991, 1993b, 1997). Aunque esta expresión, utilizada para denunciar la politización del género y la sexualidad, en particular en las violencias hacia las mujeres, data de 1993 tanto en francés como en inglés, la carga es lanzada por primera vez en 1991, cuando el juez negro Clarence Thomas es acusado de acoso sexual por la jurista negra Anita Hill, su antigua subordinada, en la víspera de ser confirmado por el Senado para llegar a la Corte Suprema.

La resonancia de las audiencias supera ampliamente las fronteras de Estados Unidos: en Francia nos escandalizamos fácilmente no por el acoso sino por la denuncia. La ensayista Elisabeth Badinter se rebela en *Le Nouvel Observateur* (1991) contra una verdadera “cacería de

brujas” que sería imputable a una herencia puritana —antes de utilizar los análisis de Michèle Sarde, universitaria francesa emigrada a Estados Unidos, para alabar los encantos de la mixidad francesa—: “las feministas estadounidenses reprochan con frecuencia a las francesas su connivencia con los hombres. Es cierto que, más allá de las polémicas y críticas que opusieron a hombres y mujeres, la francesa nunca ha roto totalmente el diálogo con su cómplice” (Badinter, 1992; Sarde, 1984, 2007). Según Elisabeth Badinter, la singularidad francesa prepara así el terreno de la excepción francesa para Mona Ozouf.

Aunque la tesis de Ozouf es discutida, sus críticas se inscribían, incluso antes de la publicación de su ensayo, en una perspectiva sobre el género formulada en términos nacionales. Sucede lo mismo con Michelle Perrot en un balance sobre la historia de las mujeres que publica un año antes en Estados Unidos. La historiadora justifica en estos términos la mixidad constantemente reivindicada de la *Historia de las mujeres en Occidente*, incluso en la dirección del proyecto compartido con Georges Duby: “debilidad objetiva”, “falta de ambición”, pero “nuestra actitud ilustra también la vía que, por coacción y por elección, hemos seguido: la de la integración, más que de la secesión, que caracteriza, de una manera general, la del feminismo francés”. Y vuelve sobre esta hipótesis: “En Francia las mujeres tienen más bien el deseo de evitar todo enfrentamiento con el otro sexo, incluso la voluntad de estar de acuerdo con él”. Esto sería por razones que vienen de la cultura política: “La ‘conciencia de género’, el ‘nosotras’ de las mujeres francesas no puede, en esta democracia individualista, alcanzar el nivel o por lo menos tomar las mismas formas que en la sociedad comunitarista estadounidense” (1994: 55-56).

Si Michelle Perrot hace aquí aparentemente la promoción de Mona Ozouf, a quien no dejará de criticar poco después, no es sólo porque cada una retoma el argumento reconfortante propuesto por el historiador de las ideas Pierre Rosanvallon (1993) sobre otra especificidad francesa, menos halagadora, casi embarazosa a la hora en que emergen justamente las reivindicaciones paritarias: el retraso en materia de sufragio femenino. Es también porque ambas se inscriben en un mismo espacio público, francés, definido por la importación de las controversias sobre lo “políticamente correcto” y lo “sexualmente correcto”.

Porque el rechazo a los estudios feministas es también el rechazo al feminismo: si el *gender* es relegado como una extrañeza extranjera intraducible, que calificamos de buena gana de “anglosajona”, es porque, en un contexto de fuerte politización de las cuestiones sexuales al otro lado del Atlántico, aparece como portador de un proyecto crítico que pone en duda la visión consensual de una armonía entre los sexos inherente a la cultura francesa.

Es entonces, al final de un proceso político, que el mundo culto francés cierra la puerta al género. El rechazo a establecer un diálogo con los trabajos de lengua inglesa sobre el *gender*, a pesar de una retórica de cientificidad, se debía menos a las exigencias del campo científico que a las lógicas del debate público, ya que el culturalismo de la “retórica de América” remitía a un nacionalismo que estaba en el aire del tiempo republicano. Si el género no tenía derecho de ciudadanía en Francia, y particularmente en el campo universitario, es porque aparecía como una herramienta crítica. Asimismo, cabe subrayar la ironía de esta nacionalización del género con espejismo transatlántico en la primera mitad de los años noventa. Si en Francia el mundo universitario, más deseoso de autonomía científica después de las contrariedades ideológicas de los años setenta y las renunciadas de los ochenta, acusaba a los estudios feministas de ser aun menos científicos que comprometidos (Lagrange, 1990), es precisamente la debilidad institucional en este ámbito de investigación lo que los hacía más vulnerables a las órdenes del espacio público. Si en Estados Unidos el reconocimiento permitió la constitución de un campo autónomo, en Francia, paradójicamente, la falta de reconocimiento hizo el juego de la heteronomía, y la distancia se mide, entonces, con la fortuna (o el infortunio) del concepto *género*.

¿UN IMPERIALISMO DEMOCRÁTICO?

En 1997, la historiadora Françoise Thébaud, quien había dirigido el quinto y último volumen de la *Historia de las mujeres*, publicó una síntesis particularmente rica sobre este campo historiográfico. La autora inscribía su obra en reacción al ensayo de Mona Ozouf y en el “nuevo empuje de antiamericanismo centrado en la denuncia de la

political correctness y de los prejuicios del feminismo del otro lado del Atlántico en la sociedad y la universidad”. De hecho, si la tercera parte, sobre “El tiempo del *gender*”, conservaba el término en inglés, al lado de una historiografía estadounidense, los volúmenes de *Historia de las mujeres* fueron presentados como “El *gender* a la francesa”. Françoise Thébaud terminaba su introducción confesando haber vacilado mucho sobre la elección del título, con variantes en particular sobre una versión “cronológica: ‘De la historia de las mujeres a la historia de las relaciones entre los sexos’, o: ‘De la historia de las mujeres a una lectura sexuada de la historia’, o incluso: ‘De la historia de las mujeres a una historia del género’” (Thébaud, 1997: 22). La historiadora había optado finalmente por *Ecrire l’histoire des femmes*, pero en 2007, para la reedición, esta solución más neutra se ve completada por *et du genre*. Diez años antes todavía había que disculparse por hablar de género: el mismo historiador Alain Corbin, ¿no evocaba en el prefacio “el debate que opone una historia anglosajona dominante a una historia nacional que clama su diferencia”, para preocuparse de la eventual “desaparición de la especificidad francesa”? (1997: 11).

De la ocultación al alarde: éste es el itinerario del género en Francia durante el último decenio, que resume este ejemplo editorial. Al contrario de lo que sucedía ayer, hoy en día la palabra se escribe fácilmente en francés y sin comillas: desde los años 2000, se le encuentra, cada día más, en el campo universitario en títulos de artículos y libros, así como en los de revistas y colecciones editoriales; incluso en categorías institucionales del mundo de la investigación. Las traducciones constituyen un buen indicador. Después de su artículo inaugural sobre el género, publicado en 1988, la historiadora Joan W. Scott no fue muy traducida al francés, hasta la aparición, en 1998, de *La citoyenne paradoxale*, en donde, en tanto respuesta a Mona Ozouf, establece un vínculo entre la crítica feminista a la Revolución francesa y la actualidad de la reivindicación paritaria (Scott, 1998, 2005). En cuanto a *Gender Trouble*, la obra que la filósofa Judith Butler publica en Estados Unidos en 1990, hubo que esperar hasta 2005 para contar con una traducción al francés, aun cuando esta obra ya había sido traducida a otras dieciséis lenguas (Butler, 2005).

¿En qué contexto social se inscribe la entrada del género, concepto crítico, en la caja de herramientas científicas? Desde finales de los años noventa, y aún más en la primera década del siglo XXI, en Francia el género ya no se esconde, se reivindica. Ya no es un estigma; hasta puede rendir beneficios simbólicos. Empezamos a hacer una carrera profesional en el género, como lo atestiguan las tesis y subvenciones de investigación, que esperan la confirmación de puestos. Por supuesto encontramos todavía reacciones muy significativas por su hostilidad: van de la Comisión General de Terminología y Genealogía, que publica en 2005 una “recomendación sobre los equivalentes franceses del *gender*” en el *Journal officiel*, al Consejo Pontifical para la Familia, del que podemos leer el mismo año un *Léxico de los términos ambiguos y controvertidos*, donde el género es objeto de tres artículos hostiles; en otros términos, del Estado francés al Vaticano (Fassin, 2008).

No importa: ayer vilipendiado, el género es hoy más legítimo, incluso a la moda, como lo demuestran las revistas... Lo que no ocurre sin una banalización, con el riesgo de debilitar lo que Joan W. Scott llamaba su “filo crítico”: en 1999, en un nuevo prefacio a su compilación fundadora, la historiadora se muestra preocupada por semejante evolución en la lengua inglesa: “mientras que nos acercamos al final de los años noventa, el ‘género’ parece haber perdido su capacidad de asombrarnos y provocarnos. En Estados Unidos ya forma parte del ‘uso ordinario’: lo proponemos comúnmente como sinónimo de mujeres, de diferencia entre los sexos, de sexo. A veces significa las reglas sociales impuestas a hombres y mujeres, pero raras veces se remite al saber que organiza nuestras percepciones de la ‘naturaleza’” (Scott, 1999: xiii).

¿Cómo entender este notable cambio de la ilegitimidad a la banalización? Precisémoslo primero: por supuesto, no hace falta deducir que no es que las preguntas sexuales no se plantearan en la Francia de principios de los años noventa; es más bien que no eran externadas —era más difícil hacerlo a causa de esta ilegitimidad—. No atormentaban menos a la sociedad francesa. Después de todo, es justamente durante este periodo de antifeminismo que emerge, con la toma de conciencia de una exclusión política, la reivindicación paritaria, pero también es cuando se vota la primera ley sobre acoso sexual, en 1992, mientras que el mismo año una encuesta sobre sexualidad —que anuncia la gran

Encuesta sobre las violencias hacia las mujeres que publican el Institut National d'Études Démographiques (INED) y el Institut National de la Statistique et des Études Économiques (INSEE) en 2003— revela, de paso, un problema que contribuye también a cuestionar la visión conciliadora de un “suave comercio” entre los sexos. Es necesario, entonces, invertir la perspectiva: la nacionalización del género no debe interpretarse como el signo de una armonía preestablecida que la amenaza extranjera de una americanización vendría a perturbar; es, al contrario, en reacción contra un malestar en “el orden simbólico” —cuyos síntomas empiezan a aparecer en la sociedad— que la cultura nacional es invocada con la esperanza de conjurarlo. El culturalismo tiene como objetivo prevenir la politización de las cuestiones sexuales en el momento mismo que ésta emerge, remitiéndola fuera de Francia, hacia la extrañeza o singularidad de “América”. En otros términos, se trata otra vez de hacer política.

Lo que cambia a finales de los años noventa no es, entonces, la politización, ya inscrita en el paisaje francés a principios del decenio, sino la legitimidad de esta politización. Una vez más, el contexto político viene a aclarar las condiciones sociales de la conceptualización. En efecto, es debido a que las cuestiones sexuales se vuelven de actualidad en el debate público que la cuestión del género se convierte en “buena para pensar”, incluso en el campo universitario. En 1997, la inesperada llegada al poder de la “izquierda plural” lanza un doble debate, a la vez, sobre lo que será en 1999 el PaCS —o pacto civil de solidaridad destinado a las parejas, del mismo sexo o no— y sobre la paridad en los mandatos electorales y las funciones electivas, lo que da lugar el mismo año a una revisión de la Constitución. Mientras que, anteriormente, y como lo vimos, desde 1989 las políticas minoritarias eran recusadas para evitar toda americanización de la cultura francesa, actualmente son las cuestiones de sexualidad y género las que irrumpen en el debate público, con la prostitución y la pornografía, el acoso sexual y la violencia hacia las mujeres. Luego, entonces, es el turno de Francia: lo que se veía como extraño para su cultura ahora define el debate público. La politización de las cuestiones sexuales se convierte en un asunto de actualidad (Fassin, 2006c).

Este cambio se acompaña de un vaivén fuera de la lógica estrictamente nacional. El rechazo al género significaba ayer la excepción francesa; la suscripción al género señala hoy en día la inscripción en la modernidad occidental. El género ya no es el síntoma de un malestar en la cultura americana; se ha convertido en el emblema de la democracia. De hecho, convendría hablar de internacionalización más que de americanización —como lo demuestra la influencia en este ámbito, en el caso de la ley francesa sobre el acoso sexual, de la Unión Europea, pero también de organizaciones internacionales—, y es así como en 1995, en el marco de la conferencia de Pekín sobre las mujeres, auspiciada por la Organización de las Naciones Unidas, muchos, al igual que el Vaticano, toman conciencia de que el género está a punto de ser un lenguaje privilegiado de la modernidad democrática.

Sin embargo, después del 11 de septiembre de 2001 la nueva geopolítica del género no avanza sin traer, también, nuevos problemas. De hecho, lo que he propuesto llamar la “democracia sexual”, es decir, la desnaturalización del orden de los sexos y de las sexualidades en nombre de los principios políticos de libertad e igualdad, se encuentra inserto en la retórica del “conflicto de las civilizaciones” (Fassin, 2006a, 2007): el argumento propuesto por el experto conservador Samuel Huntington (1993) después del final de la guerra fría es revisado por los politólogos Ronald Inglehart y Pippa Norris (2003), para quienes el “verdadero conflicto de las civilizaciones” sería sexual, y estaría fundado sobre un abismo irreducible entre las culturas “occidental” y “musulmana” que se manifiesta en los desafíos alrededor del velo islámico, de los matrimonios forzados y de la poligamia, de la mutilación de los genitales y, más generalmente, de la condición de las mujeres, pero también de los homosexuales, de la despenalización de la sodomía al principio del matrimonio: se trata, a la vez, de igualdad entre los sexos y de libertad sexual. En nombre de la democracia sexual se pone en marcha el nuevo orden internacional y, efecto perverso que se concibe fácilmente, la crítica al imperialismo se acompaña a menudo hoy en día, y no solamente en el mundo musulmán, de una politización reaccionaria contra el imperio de la democracia sexual.

Por supuesto el reto no concierne solamente al ámbito académico, pero es en este amplio contexto donde se despliega en la actualidad la

política científica del género. Figuras centrales en la historia de este concepto no se equivocaron: hoy en día toman por objeto de reflexión los usos imperialistas del género en el escenario internacional, como lo hace Judith Butler (2008) en un recorrido que la lleva de Guantánamo al Vaticano, pasando por los Países Bajos de Pim Fortuyn y Theo van Gogh, o en Francia, al igual que Joan W. Scott (2007) en su ensayo histórico sobre el velo islámico; después de todo, ¿la igualdad entre los sexos no se ha convertido, durante la campaña presidencial de Francia en 2007, en un ejemplar de la identidad francesa, si escuchamos a Nicolas Sarkozy?

Lejos de las supuestas incompatibilidades entre culturas nacionales, estas teóricas estadounidenses coinciden con una feminista igualmente comprometida desde hace mucho tiempo con la tarea de pensar el género, como lo es Christine Delphy (2006), quien intenta desmontar la oposición entre “antisexismo” y “antirracismo” como “un falso dilema” (Fassin, 2006b), o con una socióloga como Nacira Guénif-Souilamas (2004), quien trata de pensar los términos de una resistencia de las *beurettes* (jóvenes mujeres árabes) en el manifiesto feminista contra “el muchacho árabe” (Butler *et al.*, 2007). Esta conciencia del nuevo contexto afecta también a la antropología, como sucede con Ann L. Stoler (2008), cuyo trabajo histórico sobre la política colonial de la intimidad aclara la actualidad del biopoder sexual, y con Saba Mahmood (2005), feminista pakistaní establecida en Berkeley que ha teorizado su etnografía de la piedad femenina en Egipto a la luz de la intervención estadounidense en Afganistán —que la esposa del presidente Bush justificaba en nombre de la emancipación de las mujeres—, lo mismo que los análisis de Nilüfer Göle (2003), profesora-investigadora turca en París, sobre el velo en Turquía, releídos bajo una nueva luz después del 11 de septiembre.

En resumen, el abismo transatlántico se reduce hoy en día no sólo porque Francia finalmente, renunciando a reivindicar una singularidad, se suma con las otras naciones al género, sino también porque el feminismo, tanto en su versión universitaria como en sus prácticas militantes, es atravesado, en los dos lados del Atlántico, por una misma tensión que resulta de los usos imperialistas del género. Esta cuestión fue planteada desde finales de los años noventa en Francia: ¿Qué es lo

que la legitimidad hace al género? Pero puede ser reformulada, y el rasgo se endurece después del 11 de septiembre de 2001: ¿en qué se convierte una herramienta crítica cuando es utilizada con fines normativos? Como ya vimos, la tensión entre los dos proyectos está inscrita en la historia del género: en los años setenta las feministas estadounidenses lo tomaron del discurso psicomédico, que lo desarrollaba desde los años cincuenta, para conservar sólo la desnaturalización, invirtiendo su perspectiva normativa para privilegiar una interrogación crítica. La coyuntura histórica en la cual se inscribe nuestra actualidad es la de la imagen en el espejo: la nueva retórica de la democracia sexual es, sin duda, explícitamente política, y el supuesto anclaje en una cultura “occidental” no nos hace volver a alguna naturaleza de la diferencia de los sexos, pero esta vez las políticas de los Estados se apropian el concepto que el feminismo había desviado con la intención de transformar la mirada crítica en proyecto normativo.

En cualquier caso, observamos, sin embargo, que la ambigüedad del género proviene del contexto político. ¿Estará la autonomía científica constantemente amenazada por la heteronimia? Sin duda, algunos verán la confirmación de su desconfianza ante un concepto “impuro”, en tanto que es tachado de político, pero la historia que acabamos de reconstruir podría, a la inversa, incitar, por lo menos es la intención que la guía, a la toma de conciencia de que no hay concepto “puro”, independiente del contexto de su emergencia o importación. Las herramientas con las cuales trabajan las ciencias sociales no escapan nunca a su naturaleza social. La ventaja de los conceptos politizados abiertamente, desde el mismo punto de vista de la científicidad, es que no permiten que nos ceguemos sobre esta verdad. El género nos compromete, así, a no ocultar la historicidad de las nociones con las que trabajamos. Al contrario de las ciencias “duras”, es en el terreno de la historia donde se construye la arquitectura de las ciencias sociales, y en este paisaje movedizo, casi surrealista, nuestras herramientas conceptuales se revelan como escaparates flexibles impregnados de historia.

BIBLIOGRAFÍA

- BADINTER, Elisabeth. "La chasse aux sorciers". *Le Nouvel Observateur* (17-23 de octubre de 1991).
- _____. *XY. De l'identité masculine*. París: Odile Jacob, 1992.
- BUTLER, Judith. *Trouble dans le genre. Le féminisme et la subversion de l'identité*, trad. Cynthia Kraus. París: La Découverte, 2005 (reimpresión, 2006).
- _____. "Doing justice to someone: Sex reassignment and allegories of transsexuality". En *Undoing Gender*. Nueva York/Londres: Routledge, 2006a, pp. 57-74. (Traducción al francés: "Rendre justice à David. Réassignation de sexe et allégories de la transsexualité". En *Défaire le genre*, trad. Maxime Cervulle. París: Éditions Amsterdam: 2006a, pp. 75-93.)
- _____. "Undiagnosing gender". En *Undoing Gender*. Nueva York/Londres: Routledge, 2006b, pp. 75-101 (Traducción al francés: "Dédiagnostiquer le genre". En *Défaire le genre*, trad. Maxime Cervulle. París: Éditions Amsterdam: 2006b, pp. 95-122.)
- _____. "Sexual politics, torture, and secular time". *The British Journal of Sociology*, vol. 59, núm. 1 (2008): 1-23.
- BUTLER, Judith, Éric Fassin y Joan W. Scott. "Pour ne pas en finir avec le 'genre'". *Sociétés & Représentations: (En)quêtes de genre*, núm. 24 (noviembre de 2007): 285-306.
- CALIFIA, Patrick. *Sex Changes. Transgender Politics*. San Francisco: Cleis Press, 2003 (1997).
- DELPHY, Christine. "Antisexisme ou antiracisme? Un faux dilemme". *Nouvelles Questions Féministes. Sexisme et racisme: le cas français*, vol. 25, núm. 1 (2006): 59-83.
- EZEKIEL, Judith. "Antiféminisme et anti-américanisme: un mariage politiquement réussi". *Nouvelles Questions Féministes*, 17 (1995): 59-76.
- FASSIN, Éric. "Pouvoirs sexuels: le juge Thomas, la Cour Suprême et la société américaine". *Esprit*, núm. 12 (diciembre de 1991): 102-130.
- _____. "La chaire et le canon. Les intellectuels, la politique et l'Université aux Etats-Unis". *Annales ESC*, núm. 2 (marzo-abril de 1993a): 265-301.
- _____. "Dans des genres différents: le féminisme au miroir transatlantique". *Esprit*, núm. 11 (noviembre de 1993b): 99-112.

- _____. “*Political Correctness* en version originale et en version française. Un malentendu révélateur”. *Vingtième Siècle*, núm. 43 (julio-septiembre de 1994): 30-42.
- _____. “Le ‘*date rape*’ aux États-Unis. Figures d’une polémique”. *Enquête*, núm. 5 (1997): 193-222.
- _____. “The purloined gender. American feminism in a french mirror”. *French Historical Studies*, 22: 1 (invierno de 1999): 113-138.
- _____. “*Good Cop, Bad Cop*. Modèle et contre-modèle américains dans le discours libéral français depuis les années 1980”. *Raisons Politiques. Le moment tocquevillien*, núm. 1 (febrero de 2001): 77-87.
- _____. “Le genre aux États-Unis”. En *Quand les femmes s’en mêlent. Genre et pouvoir*, coordinado por Christine Bard, Christian Baudelot y Janine Mossuz-Lavau. París: La Martinière, 2004, pp. 23-43.
- _____. “La démocratie sexuelle et le conflit des civilisations”. *Multitudes*, “Postcolonial et politique de l’histoire”, núm. 26 (otoño de 2006a): 123-131.
- _____. “Questions sexuelles, questions raciales. Parallèles, tensions et articulations”. En *De la question sociale à la question raciale?*, coordinado por Didier Fassin y Éric Fassin. París: La Découverte, 2006b: 230-248.
- _____. “The rise and fall of sexual politics. A transatlantic comparison”. *Public Culture*, 48, vol. 18, núm. 1 (2006c): 79-92.
- _____. “Les frontières sexuelles de l’Etat”. En *L’inversion de la question homosexuelle* (2005). París: Éditions Amsterdam, 2008: 115-126.
- FAUSTO-STERLING, Anne. “Of gender and genitals. The use and abuse of the modern intersexual”. En *Sexing the Body. Gender Politics and the Construction of Sexuality*. Nueva York: BasicBooks, 2000.
- FRAISSE, Geneviève. *Muse de la raison. Démocratie et exclusion des femmes en France*. París: Gallimard, 1995, pp. 340-341.
- GARFINKEL, Harold, y Robert Stoller. “Passing and the managed achievement of sex status in an ‘intersexed’ person”. En *Studies in Ethnomethodology*. Cambridge: Polity Press, 1984 (1967), pp. 116-185, y el apéndice, pp. 285-288. (Traducción al francés: “‘Passer’ ou l’accomplissement du statut sexuel chez une personne intersexuée”. *Etudes d’Ethnométhodologie*. París, PUF.)

- Genèses. Sciences Sociales et Histoire. Femmes, genre, histoire*, núm. 6, coordinado por Susanna Magri y Eleni Varika (diciembre de 1991).
- GÖLE, Nilüfer. *Musulmanes et modernes. Voile et civilisation en Turquie*. París: La Découverte, 2003 (1993).
- GUÉNIF-SOUILAMAS, Nacira, y Éric Macé. *Les féministes et le garçon arabe*. París: L'Aube, 2004.
- HUNTINGTON, Samuel P. "The clash of civilizations?" *Foreign Affairs*, vol. 72, núm. 3 (1993).
- HURTIG, Marie-Claude, Michèle Kail y Hélène Rouch (coords.). *Sexe et genre. De la hiérarchie entre les sexes*, París: CNRS Éditions, 1991 (reimpresión, 2002).
- INGELHART, Ronald, y Pippa Norris. "The true clash of civilizations". *Foreign Policy*, núm. 135 (marzo-abril de 2003).
- JAMI, Irène. "Sexe et genre: les débats des féministes dans les pays anglosaxons, 1970-1990". *Cahiers du Genre. La distinction entre sexe et genre. Une histoire entre biologie et culture*, núm. 34, (2003): 127-147.
- LAGRAVE, Rose-Marie. "Recherche féministe ou recherche sur les femmes". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 83 (junio de 1990): 27-39.
- Le Débat. Femmes: une singularité française?* (alrededor de *Palabras de la mujer*, con la colaboración de Bronislaw Baczko, Elisabeth Badinter, Lynn Hunt, Michelle Perrot y Joan W. Scott, y una respuesta de Mona Ozouf), núm. 87 (noviembre-diciembre de 1995): 117-146.
- Les Cahiers du Grif. Le genre de l'histoire*, núms. 37-38 (1988).
- MAHMOOD, Saba. *Politics of Piety. The Islamic Revival and the Feminist Subject*. Princeton: Princeton University Press, 2005.
- MATHIEU, Nicole-Claude. "Homme-culture et femme-nature?" *L'anatomie politique. Catégorisations et idéologies de sexe*. París: Côté-femmes, 1991 (publicado por primera vez en 1973), pp. 43-61.
- MATHY, Jean-Philippe. *Extrême Occident: French Intellectuals and America*. Chicago: The University of Chicago Press, 1993.
- MEYEROWITZ, Joanne. *How Sex Changed. A History of Transsexuality in the United States*. Cambridge: Harvard University Press, 2002.

- MONEY, John, y Anke Ehrhardt. *Man and Woman, Boy and Girl. Gender Identity from Conception to Maturity*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1972.
- OAKLEY, Ann. *Sex, Gender and Society*. Londres: Temple Smith, 1972.
- ORTNER, Sherry. "Is female to male as nature is to culture?" *Women, Culture, and Society*, dir. por Michelle Zimbalist Rosaldo y Louise Lamphere. Stanford: Stanford University Press, 1975, pp. 67-87.
- OZOUF, Mona. *Les mots des femmes. Essai sur la singularité française*. Paris: Fayard, 1995 (reedición de "Tel", Gallimard, 1999, epílogo: 399-421).
- PERROT, Michelle. "Où en est l'histoire des femmes en France?" *French Politics & Society*, vol. 12, núm 1 (invierno de 1994): 39-57.
- RAYMOND, Janice G. *L'empire transsexuel*, trad. Jeanne Wiener-Renucci. Paris, Le Seuil, 1981. (Título en inglés: *The Transsexual Empire. The Making of the She-Male*. Nueva York: Teachers College Press, 1979.)
- REDICK, Alison. *American History XY. The Medical Treatment of Intersex, 1916-1955*. Tesis doctoral, New York University, 2004, 342 pp.
- ROSANVALLON, Pierre. "L'histoire du vote des femmes: réflexion sur la spécificité française". En *Femmes et histoire*, dir. por Georges Duby y Michelle Perrot. Paris: Plon, 1993.
- RUBIN, Gayle. "The traffic in women: notes on the 'political economy' of sex". *Toward an Anthropology of Women*, dir. por Rayna R. Reiter. Nueva York/Londres: Monthly Review Press, 1975, pp. 157-210. (Traducción al francés: "L'économie politique du sexe. Transactions sur les femmes et systèmes de sexe/genre", de N.C. Mathieu. *Cahiers du CEDREF*, núm. 7, 1999.)
- SARDE, Michèle. *Regard sur les françaises*. Paris: Stock, 1984.
- _____. *De l'alcôve à l'arène. Nouveau regard sur les françaises*. Paris: Robert Laffont, 2007.
- SCOTT, Joan W. "Women's history". *Gender and the Politics of History*. Nueva York: Columbia University Press, 1988a.
- _____. "Genre: une catégorie utile d'analyse historique". *Les Cahiers du Grif. Le genre de l'histoire*, núms. 37-38 (1988b): 15-153.

- _____. *La citoyenne paradoxale. Les féministes françaises et les droits de l'homme*. París: Albin Michel, 1998.
- _____. "Preface". *Gender and the Politics of History*. Nueva York: Columbia University Press, 1999 (1988).
- _____. *Parité! L'universel et la différence des sexes*. París: Albin Michel, 2005.
- _____. *The Politics of the Veil*. Princeton: Princeton University Press, 2007.
- STOLER, Ann L. "Imperial debris: Reflections on ruins and ruinations". *Cultural Anthropology*, vol. 23, núm. 2 (mayo de 2008): 191-219.
- STOLLER, Robert. *Sex and Gender. On the Development of Masculinity and Femininity*. Nueva York: Science House, 1968. (Traducción al francés: *Recherches sur l'identité sexuelle*. París: Gallimard, 1978.)
- THÉBAUD, Françoise. *Ecrire l'histoire des femmes*. Lyon: ENS Editions, 1997. (Reeditado con el título *Ecrire l'histoire des femmes et du genre*, 2007.)
- TILLY, Louise A. "Genre, histoire des femmes et histoire sociales". *Genèses*, núm. 2 (diciembre de 1990): 148-166.

